

Identidades políticas y grupos de poder en los inicios de la República

Jorge Conde Calderón¹

Recibido: Enero de 2002

Aceptado: Marzo de 2002

Resumen

El artículo señala los principales elementos políticos alrededor de los cuales se fue definiendo la identidad nacional de los principales actores y grupos de poder en el Caribe colombiano en los primeros decenios de vida republicana.

Palabras claves: república, ciudadanía, identidad nacional, poder político.

Abstract

This article shows the principal political aspects related to the definition of the national identity of the main actors and groups in the Caribe Colombiano during the early period of the republican era.

Key words: republic, citizenship, national identity, political power

Identidad o identidades?

De "rico y controvertido", califica un antropólogo y sociólogo contemporáneo el tema

de la identidad, en un libro que sintetiza de manera convincente los estudios y las polémicas originadas a partir del uso de esta expresión.² Por lo tanto, planteamos el problema de la identidad en la primera mitad del siglo XIX - período de una modernidad difusa y laberíntica que tuvo como esencia el reto de la construcción del Estado nacional colombiano- remite a un primer interrogante: ¿cuáles eran los referentes entre los que oscilaba la identidad?

Una respuesta provisional a este asunto podría ser: la identidad oscilaba a partir de un centro desde el cual irradiaba su validez; pero ese centro era una construcción simbólica con relación a un referente, que bien podría ser la nación, la geografía, el territorio, lo étnico, la cultura, el gobierno, el Estado. Lo anterior nos plantea un segundo problema: La identidad consiste en compartir con los "otros" instituciones, gobernantes, símbolos, fiestas republicanas o cívicas, religiosas o paganas; mitos fundacionales, juramentos constitucionales. Y ellas se han manifestado a través de piezas literarias, discursos, oratorias, himnos, prensa, construcción histórica.

¹ Docente Investigador Universidad del Atlántico. Codirector del Grupo de Investigaciones Históricas sobre Educación e Identidad Nacional. jconde@metroel.net.co

² Ortiz, R. *Otro territorio*. Convenio Andrés Bello, Santafé de Bogotá, 1998, pp. 43-67.

A este respecto el historiador François-Xavier Guerra plantea algunas claves pertinentes al momento de abordar el tema:

Si la identidad remite, siempre, a lo que un grupo considera ser y a lo que, por lo tanto, lo vuelve diferente de los demás, podemos considerarla en dos registros diferentes: el registro político (pertenecer a un colectividad con estatuto político reconocido y que posea un territorio, instituciones y gobierno propio), y el registro cultural (compartir un conjunto de representaciones colectivas respecto de las relaciones del grupo con la tierra, la historia, la providencia, sus vecinos...). Estos dos tipos de identidades no siempre coinciden, pues pueden existir fuertes identidades culturales que, como la "americanidad", no tienen una correspondencia política, e identidades políticas extremadamente vigorosas (como las de Caracas o la de Buenos Aires, actoras principales de la independencia) que no se basen más que en diferencias culturales muy sostenidas. Por lo tanto, debemos considerar, al mismo tiempo, los dos tipos de identidades, su concordancia o su divergencia y su ubicación en lo que aparece como una pirámide de identidades superpuestas. Y, ya que la Monarquía hispánica es, ante todo, una arquitectura política compleja, son las identidades políticas las que nos servirán de hilo conductor.³

No obstante, esa variedad de referentes nos plantea un tercer problema: más que identidad, las sociedades como expresiones colectivas de individualidades construyen

identidades, y estas podrían considerarse diferentes, y desiguales, porque sus artífices, las instancias que las construyen, disfrutan de distintas posiciones de poder y legitimidad. Concretamente, las identidades se expresan en un campo de pugnas y conflictos en el cual prevalecen las líneas de fuerza diseñadas por la lógica de la máquina de la realidad social.⁴

En el siglo XIX, con el surgimiento del Estado nacional, se intentó eliminar todas esas posibles identidades. Aún más, la doble identidad política del Antiguo Régimen hispánico fue borrada. Mientras en él funcionó una doble identidad, a través de una de ellas todos los habitantes del Reino eran considerados vasallos del Rey; al mismo tiempo se manejaba otra: la de carácter étnico, por medio de la cual las personas eran clasificadas como criollos, peninsulares, indígenas, mestizos, zambos, mulatos, negros. Solo con el establecimiento de la República fueron reconocidos como ciudadanos, pero de una manera formal, porque en la práctica también funcionó el vecino, que definía un tipo de identidad por su pertenencia a un territorio, a una ciudad o a una villa. Por esa razón, lo predominante fue realmente el ciudadano-vecino, cuya igualdad se basaba en derechos corporativos. De ahí que la civilidad fuese parte de un proceso por medio del cual la sociedad se vuelve civil. Pero solo para igualar y homologar clases sociales de tipo estamental; es decir, clases que reclamaban viejos privilegios de estatus y honor fundamentados en la riqueza, la territorialidad y la desigualdad social.

A partir de estas connotaciones, el Estado republicano construyó un nuevo tipo de jerarquía política basada en elementos territoriales y sociales, apoyada en una identidad común: la nacional, impuesta por la ideología

³ Guerra, F.X. "La nación en América hispánica. El problema de los orígenes", en Gauchet, M., Mannenet, P. Y Rosanvallon, P. (dir.), *Nación y modernidad*, ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1997, p. 102.

⁴ Ortiz, R. *Op. Cit.*, p. 67.

en boga en el mundo occidental, la del constitucionalismo liberal con sus dos pilares, las elecciones y las contribuciones directas.

Sin embargo, todo ese proceso de homogeneización nacional en una república de ciudadanos, no significó la eliminación del problema étnico ni el de las soberanías territoriales. Por el contrario, su inequívoca presencia originó reacciones y resistencias en las cuales afloraron reivindicaciones de autonomía política y administrativa, las que, en algunos momentos, fueron signadas por elementos étnicos. En conjunto, este cuadro adquirió contornos más definidos en los momentos de crisis.

En estas circunstancias, y aunque eludido por la historiografía colombiana, el problema étnico estuvo siempre presente en el proceso de construcción del Estado republicano colombiano durante la primera mitad del siglo XIX.⁵ Una de sus manifestaciones más evidente se realizó en las ciudades del Caribe colombiano, en donde la población que transitó de la Colonia a la República presentó una composición étnica muy heterogénea.

A finales del siglo XVIII, los pobladores descendientes de africanos, es decir, los mulatos y los zambos, junto con los mestizos, constituían la mayoría de los habitantes con un porcentaje del 27,3% del total regional seguido de los indígenas con un 18,2. Pero en solo la provincia de Cartagena, los "libres de

todos los colores", denominación dada a esos pobladores en los censos coloniales, era del 20,5%. En la ciudad capital de esta provincia el porcentaje era todavía más significativo por tratarse del principal centro urbano portuario: el 60,8% de un total de 16.666 almas.⁶

Un paralelo demográfico y socioeconómico puede realizarse entre los pueblos del Caribe, principalmente los de la provincia de Cartagena, con los del Cauca, en el suroccidente del territorio neogranadino, donde se conformó plenamente una sociedad esclavista. Hacia finales del siglo XVIII, en el Caribe colombiano, este tipo de sociedad realizaba su tránsito hacia una sociedad campesina, proceso paralizado por el inicio de la guerra de emancipación, pero contribuyó a configurar, en el siglo XIX, una peculiar sociedad ruralizada con marcados rezagos y "males" propios de unas relaciones esclavistas.⁷

La generalización del concubinato, la presencia de los denominados arrojados y de los agregados -clientes de un personaje que vivían bajo un mismo techo-, constituyen algunos indicadores de que los individuos estaban poco sujetos a la ley y al frío mecanismo del mercado, encontrando formas de burlar la primera y hacer más flexible el segundo. Esa volubilidad, sin embargo, no afectaba a una característica básica de esa sociedad que permanecía atada a muchos de

⁵ Solo en los últimos años ha sido incorporado, en los estudios históricos, el problema étnico en el proceso de construcción del Estado nacional durante la segunda mitad del siglo XIX. Véase, Gutiérrez Ramos, J. "La voz de los indios de la Nueva Granada frente al proyecto criollo de nación, 1820-1830", en, *Anuario*, Bucaramanga, V, 200, pp. 51-80; del mismo autor, "El proyecto de incorporación de los indios a la nación en la Nueva Granada, 1810-1850", en, *Anuario*, Bucaramanga, VI, 2001, pp. 203-222. El retraso de la historiografía colombiana sobre el problema de la integración de mulatos, negros e indígenas al Estado nacional es considerable con respecto a los avances historiográficos realizados sobre el mismo tema en otras regiones iberoamericanas, si se tiene en cuenta un balance realizado hace casi treinta años. Al respecto, véase, Mörner, M. "Problemas que presenta el estudio histórico de la sociedad hispanoamericana del siglo XIX", en, *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, Caracas, 229, 1975, pp. 60-67.

⁶ Conde Calderón, J. *Espacio, sociedad y conflictos en la Provincia de Cartagena, 1740-1815*, Fondo de Publicaciones de la Universidad del Atlántico, 1999, Cuadro 7, p. 95; McFarlane, A. *Colombia antes de la Independencia*, Banco de la República-El Ancora Editores, Bogotá, 1997, Tablas 3 y 4, pp. 523-524.

⁷ Una visión comparativa de las dos áreas, en, Colmenares, G. "El tránsito a sociedades campesinas de dos sociedades esclavistas en la Nueva Granada: Cartagena y Popayán, 1780-1850", *Huellas*, Barriánquilla, 29, 1990, pp. 8-24. Para el caso del Cauca, véase, Colmenares, G., et. al. *La Independencia. Ensayos de historia social*, Instituto Colombiano de Cultura, 1986.

los patrones sociales del Antiguo Régimen: la unanimidad de valores y las actitudes, de movilidad del cuerpo social, configurando aquello que Peter Laslett denominó "la sociedad de una clase".⁸

Rasgos todavía más acentuados por la presencia de una cifra elevada de descendientes de esclavos, identificados por el color de la piel de manera peyorativa como pardos, mulatos y zambos; el miedo a una revuelta, como la haitiana produciendo en algunos de los notables blancos desconfianza de las novedades y que permanecieran presos de las liturgias tradicionales.⁹

Pero, al mismo tiempo, la sociedad caribeña en su conjunto, y la cartagenera en particular, buscaron borrar ese pasado fundamentado en la diferenciación étnica impuesta por el sistema jerárquico de castas. De ahí que apareciese un discurso de la "Libertad y la Igualdad" que se pensaban, se hablaban, desde la conciencia, pues habían cambiado los modos de pensarla y de concebir sus relaciones con la historia. En principio, nada parecía más fácil que hablar de libertad e igualdad. Pero emitir opiniones nunca fue igual a razonar acerca del significado de las palabras. Era preciso formular juicios sobre la calidad de la libertad y la igualdad.¹⁰

La implementación escasa o nula en las dos provincias de proyectos de modernización y urbanización que compitieran o enfrentaran la visión del mundo de los mulatos, mestizos, zambos, negros e indígenas, terminó favoreciendo a éstos últimos, o más bien al despliegue y enraizamiento de su forma de

vida arrochelada, vista a través de los señalamientos sesgados de las autoridades y observadores contemporáneos. Socialmente, lo que distinguía a los cuerpos sociales del Caribe colombiano de una sociedad típica del Antiguo Régimen eran los "males disimulados de la esclavitud" heredados de la vieja estructura colonial.

En esas condiciones, el tránsito del siglo XVIII al XIX, con los cambios esperados por el establecimiento del gobierno republicano, no fueron representativos en el conjunto de la sociedad caribeña. Problemas similares se vivieron en otras regiones del territorio neogranadino, en las cuales la población negra, mulata y zamba mantuvieron una presencia significativa en la estructura demográfica y en el mercado laboral, y a las que tanto el Estado republicano como los actores políticos que lo controlaban, se mostraron incapaces de ejercer un control social sobre ellos o para implementar proyectos sociales y políticos alternativos.¹¹

Parece ser que algunos de los bienes sociales y culturales de la modernidad republicana solo fueron asimilados por los principales centros urbanos, capitales de las provincias o departamentos, y concretamente por el patriciado urbano. Adicionalmente, durante la Colonia los progresos académicos y científicos fueron limitados. Los pocos que existieron se desarrollaron en Cartagena, y excepcionalmente en Santa Marta, ciudades en las cuales, quienes realizaban ejercicios intelectuales, eran algunos bachilleres en leyes o en derecho canónico, o uno que otro eclesiásti-

⁸ Véase, Laslett, P. *El mundo que hemos perdido, explorado de nuevo*, Alianza Editorial, Madrid, 1987.

⁹ Procesos similares aparecen en el caso brasileño, Pereira das Neves, G. "Del Imperio Luso-Brasileño al Imperio del Brasil(1789-1822)", en, Antonio A., Castro Leiva, L. y Guerra, F-X. *De los Imperios a las Naciones: Iberoamérica*, Ibercaja, Zaragoza, 1994, p. 181.

¹⁰ Castro Leiva, L. "Memorial de la modernidad. Lenguajes de la razón e invención del individuo", en, *Ibid.*, p. 133.

¹¹ A este respecto son sugerentes los estudios concretos realizados para el Valle del Cauca, véase, Mejía Prado, E. *Origen del campesino vallecaucano. Siglo XVIII y XIX*, Editorial Universidad del Valle, Cali, 1996; y el más reciente, *Campesinos, poblamiento y conflictos: Valle delCauca, 1800-1848*, Universidad del Valle-Centro de Estudios Regionales Región, 2002.

co que había logrado sobresalir de la masa de clérigos ignorantes o, a lo sumo, un número reducido de profesores letrados, abogados y alguno que otro curioso. También se padeció de los problemas que caracterizaban al sistema en cuanto a la adquisición de libros o al intercambio de ideas.

No obstante, en los primeros decenios del XIX, se constató el incremento significativo de las instancias de nuevas ideas con la presencia de pasquines, prensa periódica, uno que otro intelectual francés, que visitaba el territorio en calidad de diplomático, la reapertura del consulado de comercio, la fundación de la Universidad del Magdalena e Istmo, en 1828, además de la llegada permanente de algunos textos al puerto de Cartagena. Igualmente, se abrieron algunas bibliotecas particulares aunque modestas. Todo esto sugiere que un cierto movimiento intelectual no se encontraba del todo ausente. En un caso, por lo menos el de los "motines populares de 1828", es posible comprobar que las ideas de libertad, igualdad, justicia y otros del mismo registro, circularon por efecto de difusión de los escritos y las lecturas públicas entre el *pueblo*, aunque incluían una serie de distorsiones que las redujeron a la expresión de un resentimiento contenido contra las opresiones cotidianas.

Por otra parte, para el conjunto de la población la religión permanecía como la principal referencia en relación con el mundo. Religiosidad, no obstante, superficial, constituida por prácticas devotas y rituales sociales, que propiciaba el mantenimiento de una mentalidad mágica y facilitaba la asimilación de creencias africanas e indígenas, además de expresarse con ocasión de la muerte en la típica pompa barroca de los funerales.¹²

Ahora bien, esas expresiones políticas tales como ciudadanía, libertad, república, igualdad, honor, derechos del hombre, aun-

que trascendieron más allá de la "línea del alfabetismo" a los estratos bajos de la población por efecto de las lecturas públicas de la prensa periódica, fueron los sectores sociales de ciudadanos-intermedios de mulatos, mestizos y zambos, quienes rápidamente se los apropiaron y utilizaron para enfrentar o, en el mejor de los casos, negociar con los ciudadanos-notables. De esta manera, los ciudadanos-intermedios -que habían alcanzado cierto estatus social por desempeñarse algunos como militares, abogados, burócratas y periodistas- convirtieron esos términos en las principales fuentes de sus reivindicaciones políticas y los utilizaron para la movilización de los estratos bajos de su misma clase. Este último término tuvo para ellos una acepción étnica que operaba como elemento de identidad social y política. Sin embargo, ese sentimiento de clase funcionaba cuando se trataba de la reivindicación del prestigio de su poder, y que significaba, en términos de Weber, "honor del poder", en otras palabras, el honor de disponer del mismo sobre otras estructuras políticas, la *expansión del poder*, bien que no siempre en la forma de la asimilación o sumisión.¹³

Ciudadanía e identidad nacional

Después de 1810, en el Caribe colombiano y en general, en toda Iberoamérica, la expectativa política para quienes en el Antiguo Régimen fueron súbditos del rey se centró en la ventaja que significaba ser ciudadano. Sin embargo, ese hecho solo consiguió su plena cristalización en los primeros años del decenio de 1820, debido a las pugnas políticas que ocurrieron como consecuencia del enfrentamiento entre las fuerzas leales a la monarquía española y la de los partidarios de la causa republicana. Con la expulsión definitiva de los últimos reductos peninsulares a comienzos de este decenio, comenzó a expe-

¹² Pereira das Neves, G. *Op. Cit.*, p. 182.

¹³ Weber, M. *Economía y Sociedad*, Fondo de Cultura Económica, Santafé de Bogotá, 1997, p. 669.

rimentarse una relativa estabilidad y a pensarse en firme en la forma de una organización estatal para las embrionarias repúblicas. Para entonces, la ciudadanía comenzó un proceso de consolidación que como nueva condición de las personas estableció un criterio de identidad nacional basado en la propuesta de que todos los ciudadanos hacían parte de un sistema de gobierno republicano y representativo en el que las elecciones reproducían un principio de igualdad política, a expensas de restarle cualquier importancia al tema de la desigualdad social.

La manifestación más elocuente de la importancia política de la ciudadanía la expresó Simón Bolívar el 3 de octubre de 1821. Luego de prestar juramento en calidad de Presidente de la República de Colombia, dirigió a los constituyentes de Cúcuta las siguientes palabras en su discurso de posesión:

... señor yo os ruego ardientemente no os mostréis sordo al clamor de mi conciencia y de mi honor, que me piden a grandes gritos que no sea más que un ciudadano.

Yo siento la necesidad de dejar el primer puesto de la República al que el pueblo señale como al jefe de su corazón. Yo soy hijo de la guerra, el hombre que los combates han elevado a la magistratura; la fortuna me ha sostenido en este rango, y la victoria lo ha confirmado.

Pero no son estos los títulos consagrados por la justicia, por la dicha y por la voluntad nacional. La espada que ha gobernado a Colombia no es la balanza de Astrea, es un azote del genio del mal, que algunas veces el cielo deja caer sobre la tierra para el castigo de los tiranos y escarmiento de los pueblos. Esta espada no puede servir de nada el día de paz, y éste debe ser el último de mi poder, porque así lo he

jurado para mí, porque lo he prometido a Colombia, y porque no puede haber República donde el pueblo no está seguro del ejercicio de sus propias facultades.

Un hombre como yo es un ciudadano peligroso en un gobierno popular, es una amenaza a la soberanía nacional.

Yo quiero ser ciudadano, para ser libre y para que todos lo sean. Prefiero el título de ciudadano al de Libertador, porque éste emana de la guerra, aquél emana de las leyes.

Cambiadme, señor, todos mis dictados por el de buen ciudadano.¹⁴

En el Caribe colombiano, la condición de ciudadano revistió un mayor significado político por tratarse de un territorio habitado por pobladores de una diversidad étnica, que en el antiguo jerárquico orden social hispánico fueron agrupados en la categoría de "libres de todos los colores". Una nominación que recogió a las llamadas castas: mestizos, mulatos, zambos, pardos y negros libres; términos empleados la mayoría de las veces de manera despectiva. Con el establecimiento del nuevo orden republicano, las jerarquías sociales y territoriales sufrieron modificaciones profundas y algunos miembros de esas etnias alcanzaron el reconocimiento de ciudadanos, condición que se sumó a la tradicional de raigambre hispánica de "vecino". De esa manera, se convirtieron en los nuevos actores políticos del orden republicano ocupando posiciones intermedias entre los de "arriba" y los de "abajo" como "ciudadanos-intermedios" permitiéndoles al mismo tiempo, construir un relativo poder político. Este fue consolidado gradualmente por el acceso que tuvieron a los principales bienes sociales y culturales; por ejemplo, hacer parte del ejército republicano, desempeñar empleos públicos (jueces, gobernadores, magistrados,

¹⁴ Congreso de Cúcuta 1821. Libro de actas. Banco de la República, Bogotá, 1971, pp. 635-636.

jefes de aduanas), ingresar al aparato educativo (escuelas, colegios, universidades, ya fuera como estudiantes, profesores o rectores de los mismos), ejercer carreras profesionales (abogados, médicos) y organizar numerosos órganos de sociabilidad (masonería, clubes políticos, tertulias, sociedades filantrópicas). En fin, a través de estos medios realizaron una movilidad social, fundamento de su poder, con el cual disputaron, en algunas ocasiones favorecidos por el apoyo de los sectores populares, la preeminencia política municipal y provincial a los "ciudadanos-notables" o denominados "aristócratas".¹⁵

Ahora bien, a partir de un tipo de ciudadanía que vinculó elementos sociales y territoriales se construyó la sociedad jerarquizada de la República en la cual la jerarquía política no constituía una repetición especulativa de la jerarquía social existente, pero sí en la que el mecanismo electoral -con su derivación, la relación clientelista-, configuró una dimensión no dualista de la política y la complejidad del intercambio que acontecía en el nuevo espacio político. Por consiguiente, contextualizan-

do la noción de política clientelista, podemos establecer tres conjuntos: el de ciudadanos-vecinos, el de ciudadanos-intermedios y el de ciudadanos-notables. La intersección de estos tres conjuntos en las elecciones y en la acción municipal y provincial, originaron el espacio político republicano que la identidad de intereses, conflictos, acuerdos y pactos tendieron "a expandir en la acción práctica".¹⁶

En el caso del Caribe colombiano, el sector de los ciudadanos-notables, todo un patriciado urbano, se concentró principalmente en la ciudad de Cartagena, reconociéndose como una "clase" portadora de valores tradicionales como el honor, la riqueza, la desigualdad y también de viejos privilegios estamentales heredados del Antiguo Régimen.¹⁷ Una clase integrada por hombres con experiencias comunes, algunas heredadas, otras compartidas, pero con una identidad de intereses distintos y opuestos a los del resto de ciudadanos, principalmente al sector de los ciudadanos-intermedios, quienes también se reconocieron como una "clase", pero asociada con un criterio de identidad étnica.¹⁸

¹⁵ Al respecto Marcello Carmagnani ha logrado establecer como el desconocimiento de esos nuevos actores políticos, que emergieron con fuerza en la transición entre el siglo XVIII y XIX, le sirvió a la historiografía en América Latina para construir una imagen de tipo dualista de la sociedad con una oligarquía dominante y el resto de la población dominada a través de la coacción física o bien controlada por relaciones clientelares; véase, Carmagnani, M. "Elites políticas, sistemas de poder y gobernabilidad en América Latina", en *Metapolítica*, México, Vol. 2, Núm. 6, 1998, pp. 7-16.

¹⁶ *Ibid.*, p. 9.

¹⁷ Sobre temas como el honor estamental y privilegios honoríficos en casos concretos de sociedades iberoamericanas de Antiguo Régimen, véase, Quintero, I. "Honor, riqueza y desigualdad en la provincia de Venezuela, siglo XVIII", en Schröter, B., y Büschges(eds.), *Beneméritos, aristócratas y empresarios. Identidades y estructuras sociales de las capas altas urbanas en América hispánica*, Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt, 1999, pp. 183-198.

¹⁸ A lo largo del presente trabajo la utilización de la noción de clase sigue la definición dada por E. P. Thompson, que la entiende como "un fenómeno histórico", por lo tanto no la visiona como una "estructura", ni siquiera como una "categoría", "sino como algo que tiene lugar de hecho (y se puede demostrar que ha ocurrido) en las relaciones humanas". Por tanto, "la clase cobra existencia cuando algunos hombres, de resultados de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismo y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos (y habitualmente opuestos a) los suyos", Thompson, E. P. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Editorial Crítica, Barcelona, 1989, t. I, "Prefacio" pp. XIII-XIV. Para una comprensión del peso de lo étnico en la definición de clase según la época, véase, Weber, M. *Economía y Sociedad*. Fondo de Cultura Económica, Santafé de Bogotá, 1997, p. 315-327. También es de gran utilidad metodológica y conceptual el ensayo de Mömer, M. "Clases, estratos y élites: Un dilema del historiador social", en la compilación del mismo autor, *Ensayos sobre historia latinoamericana. Enfoques, conceptos, métodos*, Corporación Editora Nacional-Universidad Andina Simón Bolívar, Quito-Ecuador, 1992, pp. 27-55.

De esa manera, aunque la construcción de la República de Ciudadanos buscó homogeneizar la población en una "nación de individuos blancos", el funcionamiento de ese proyecto estuvo subordinado a la aplicación de un modelo cívico de nación, fundamentado en la creación de una comunidad política que suponía al menos ciertas instituciones comunes y la existencia de un solo código de derechos y deberes, un territorio histórico compacto y definido, una comunidad político-legal (patria), la igualdad político-legal de sus integrantes (ciudadanía), y una ideología y cultura cívica colectivas.¹⁹

Aún así, al lado de ese modelo homogeneizador propuesto, las diferencias étnicas se mantuvieron y fueron utilizadas para estigmatizar, marginar, borrar o silenciar a quienes no eran blancos, o no aceptaban el "blanqueamiento ideológico; es decir, ser asimilados o integrados en el centralismo del Estado nacional. Pero esas manipulaciones de lo étnico también fueron dirigidas desde el poder contra aquellos que rechazaban el discurso del nuevo orden republicano o no compartían ese "modelo estándar occidental de la identidad nacional".²⁰

Los elementos de ese modelo de nación política fueron acogidos, con algunas reservas, por algunos de los ciudadanos-notables y muchos de los ciudadanos-intermedios, aun siendo mulatos, zambos y mestizos. En con-

junto, ambas clases compartieron esos criterios de identidad nacional, pero concibiéndola más como una participación en el manejo del Estado nacional y aproximándose a un "modelo de nación cultural", en la cual además de la etnicidad y el derecho de sus miembros a decidir sus intereses económicos, políticos y culturales, existía una continuidad histórica en la percepción del territorio como propio, por tanto como específico, por lo cual el territorio no fue ya un hecho fundamentalmente geográfico, de espacio, sino, a la vez, histórico y simbólico, identificado con la cuenca del Mar Caribe.²¹

Ese tipo de identidad constituyó un hecho recurrente durante la primera mitad del siglo XIX y marcó límites políticos y culturales entre los pobladores del territorio caribeño colombiano y el interior de la República de la Nueva Granada. Algunas veces adquirió fuertes connotaciones raciales, en otras ocasiones deslizó sutilmente un manejo de nociones peyorativas contra los costeños, por ejemplo, "mulatos descendientes de negros", "zambos" "separatistas", "amigos de la federación", "contrabandistas" y hasta "ridiculizar chocamente sus costumbres". Estas situaciones se presentaron tanto a nivel local como en el nacional, sí con este término podemos referirnos a las relaciones y los hechos sociales y políticos que se articulaban entre miembros de las diferentes clases de

¹⁹ Una presentación detallada y analítica de ese modelo en, Smith D., A., *La identidad nacional*, Editorial Trama, Madrid, 1997, p. 7 y ss.

²⁰ Como "silenciar", "marginar" "borrar" las diferencias étnicas y los hombres que las representaban fue un proyecto político homogeneizador común a todas las clases dirigentes que emergieron en las nuevas naciones iberoamericanas. Para el estudio de un caso en particular, véase, Quijada, M., Bernand, C. y Schneider, A. *Homogeneidad y nación: Con un estudio de caso: Argentina, siglo XIX y XX*, Centro Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2000. Sobre el silenciamiento de la cuestión étnica desde el poder y aún desde la construcción del pasado y de la historia ocupándose, principalmente, de la revolución haitiana, véase, Trouillot, M-R. *Silencing the past. Power and the production of History*, Beacon Press, Boston, 1995.

²¹ Esta definición ha sido adaptada con base en, Moreno, I. "Identidades y rituales. Estudio introductorio", en, Prats, J., Martínez, U., Contreras, J. y Moreno, I. (eds.), *Antropología de los pueblos de España*, Editorial Taurus, Madrid, pp. 601-636. También Anthony D. Smith opone al modelo occidental la "concepción étnica de nación", considerada "esencialmente porque destaca la importancia de la comunidad de nacimiento y la cultura nativa", Smith D., A. *Op. Cit.*, p. 10.

los principales centros urbanos, Bogotá, Popayán, Cartagena.²²

En el caso de los notables cartageneros, siempre fueron identificados según el color de la piel como blancos. De esa forma, tomaban una relativa distancia del resto de la sociedad estamental caribeña. Sin embargo, algunos pasaron por un proceso de "blanqueamiento" que fue manejado, por igual, con cierto prejuicio por sus rivales políticos de Bogotá. Estos siempre consideraron a esos aristócratas costeños unos socios incómodos a pesar de las ocasionales alianzas fraccionalistas que terminaban estableciendo con el propósito de quedarse con los mejores empleos en las esferas decisorias del poder gubernamental o para definir el apoyo político a algún candidato aspirante a las altas dignidades del Estado.

La existencia de unos actores políticos que reclamaban viejos privilegios estamentales, no era un caso exclusivo de Cartagena y Bogotá. Popayán, otra ciudad de tradición hispánica situada al suroccidente del territorio colombiano, también concentró ese tipo de personajes con pretensiones aristocráticas. Incluso nexos familiares y comerciales, que plasmaron una imagen de continuidad entre finales del siglo XVIII y la primera mitad del XIX, estuvieron presentes entre algunos aristócratas payaneses y cartageneros. Este tipo de vínculos fue evidente entre los Amador y los Pombo, estos últimos establecidos en Cartagena procedentes de Popayán, estu-

vieron estrechamente relacionados con los Mosquera, una familia con el poder necesario que les permitió el control de una buena parte del Estado republicano y el manejo de la política eclesiástica. El poder político de estas tres familias comenzó a fortalecerse desde finales del período colonial.

La primera de esas familias fue iniciada, en el territorio caribeño, por el gaditano Esteban Baltasar de Amador, un coronel del Real Ejército español que llegó a desempeñarse como comerciante muy importante y logró ser alcalde ordinario de Cartagena; padre de seis hijos, uno de los cuales, Martín, fue fusilado por los españoles en 1816. Otro de ellos, Juan de Dios Amador, que recibió el título de abogado en Santafé de Bogotá, escapó a la expedición punitiva de Pablo Morillo después de haber participado en la firma del Acta de Independencia de Cartagena de Indias en 1811 y ejercer como gobernador de la provincia en 1815. A su regreso, una vez instalado el gobierno republicano, ocupó diferentes puestos políticos, entre ellos el de gobernador de la provincia de Cartagena en 1825 e Intendente del departamento del Magdalena entre 1829 y 1830.²³

Cabe anotar que una vez regresó a finales del siglo XVIII a Cartagena titulado de abogado, Juan de Dios Amador se dedicó preferentemente a la explotación de una hacienda de la familia, junto con su hermano Antonio Carlos, quien estaba casado con la hija de otro hacendado establecido en la ciudad. Esta

²² Estas expresiones aparecieron a todo lo largo de la correspondencia mantenida por personajes de la política nacional con el Francisco de Paula Santander cuando en algunas ocasiones se referían a los políticos, y en general a los habitantes, de la costa Caribe. Véase, Cortázar, R. *Correspondencia dirigida al General Santander*, 12 vols., Bogotá, 1964-1970. Una comunicación que probablemente recoge esos tendenciosos señalamientos de "Los papeles públicos del interior y especialmente los de Bogotá", para recordarles que jamás "han atacado los principios propuestos, sino directamente a las personas y a Cartagena", se encuentra en, "Juan José Nieto al encargado del supremo poder ejecutivo, Cartagena a 7 de agosto de 1835", volumen IX, n° 2994, p. 49.

²³ Restrepo Lince, P. *Genealogías de Cartagena de Indias*, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, Bogotá, 1993, pp. 30-31; Jiménez Molineros, G. *Linajes cartageneros*, Imprenta departamental, Cartagena, 1958, T. 2, pp. 70-77; también véase la nota necrológica, en una extensa página, que registró la prensa oficial ante su fallecimiento el 28 de junio de 1847, "Juan de Dios Amador", *Semanario de la Provincia de Cartagena*, 4 de julio de 1847.

actividad económica de Juan de Dios Amador fue alternada con negocios mercantiles realizados con José Ignacio de Pombo, casado con su hermana María Josefa Amador, quizás el comerciante más importante de la ciudad en víspera de la Independencia, además de haber sido el principal promotor de la creación del Consulado de Cartagena de Indias, realizada por cédula real de 14 de junio de 1795.²⁴

En 1810, José Ignacio de Pombo integró la Junta Suprema de Cartagena. Sin embargo, no apareció entre los firmantes de la Declaración de Independencia del 11 de noviembre de 1811. Aunque fue elegido a la Convención por instancia de Juan de Dios Amador, quien argumentó que Pombo tenía redactada una "excelente constitución", tampoco estuvo entre los firmantes que aprobaron la carta definitiva de Cartagena de Indias en enero de 1812. Al parecer, su pretendida condición aristocrática lo llevó a distanciarse de todos esos acontecimientos, mucho de los cuales estuvieron precipitados por la irrupción de los grupos de artesanos y mulatos de la ciudad.²⁵

La lista de los integrantes del gremio de comerciantes pertenecientes a esa organización mercantil, permite no solo establecer lazos familiares entre ellos sino también aquellos que mantuvieron continuidad y presencia política entre finales del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX, ya sea a través de ellos mismos, sus hijos, sobrinos o nietos. Tal fue el caso de Antonio Benito Revollo, responsable de una generación de personajes que se movieron entre la política, la jurisprudencia y la carrera eclesiástica; o el de los hermanos Manuel, Ildefonso y Felipe García del Río.²⁶

Este último fue el padre de Juan García del Río, figura clave del período republicano y tal vez uno de los pocos miembros del sector de los notables que se atrevió a justificar en sus escritos el sistema de gobierno monárquico propuesto por Simón Bolívar para gobernar las nacientes repúblicas iberoamericanas. A los Amador, Pombo, García del Río, se le pueden sumar otros de la denominada clase social de los aristócratas como José María del Castillo y Rada, Juan Francisco de Martín, Eusebio María Canabal, Ildefonso Méndez Zapata, José María del Real Hidalgo y Manuel Marcelino Núñez.

Todos esos viejos actores políticos se adaptaron rápida y fácilmente al nuevo orden constitucional como ciudadanos-notables de la República. Algunos con raigambre hispánica, crearon grupos de poder con identidad de intereses integrados por comerciantes o hacendados, abogados y letrados, uno que otro eclesiástico, la casi mayoría ejercitados como burócratas o militares. En otras palabras, concentraron un poder que les planteó el problema político de cómo continuar usufructuando de los privilegios del Estado, que desde la colonia había sido la fuente principal de su estatus y honor. Sin embargo, en el novedoso y complejo entramado social originado por la Primera República independiente y después de los años de 1820, surgieron nuevos actores políticos de ciudadanos-intermedios, que igual reclamaban como clase, el acceso a los altos empleos públicos de la administración nacional y decidir en la construcción estatal de la República neogranadina.

²⁴ Véase, De la Pedraja Toman, R. "Aspectos del comercio de Cartagena en el siglo XVIII", en, ACHSC, Bogotá, 8, 1976, pp. 107-125; McFarlane, A. "Comerciantes y monopolio en la Nueva Granada", en ASHSC, Bogotá, 11, 1983, pp. 43-69.

²⁵ "Papeles impolíticos recibidos de Cartagena, y publicados impolíticamente para Cartagena y sus sequaces", *La Bagatela*, Santafé de Bogotá, 16 de febrero de 1812, N° 34, en, Restrepo Canal, C., comp. *Nariño periodista*, Editorial Kelly, Bogotá, 1960, pp. 416-417.

²⁶ De la Pedraja Toman, R. *Op. Cit.*, p. 123.

Poderes sociales emergentes e intermediarios culturales

Los nuevos actores políticos que surgieron durante el período de transición postindependencia, lograron construirse un relativo poder político y reclamar privilegios estamentales y corporativos, pero como integrantes del nuevo orden republicano. Sus reclamos los fundamentaban en el hecho de haber participado en los acontecimientos de la independencia, haber pertenecido al ejército republicano, en fin, por sus acciones en defensa de la patria y la nación. Ideas que constituyeron el denominador común en las peticiones de quienes aspiraban a ascender en las jerarquías sociales.

Una apropiada ilustración al respecto la constituyó el caso del subteniente Calixto Pren, luego de que sus superiores decidieran postergar para otra ocasión el estudio de la petición, en la que solicitaba ascenso en el cuerpo de marina. En su respuesta, rechazaba públicamente dicho aplazamiento, al que no solo consideraba contrario a "mi honor" y "a mi voluntad", sino también por desconocerle que

servía desde 1810 pasando por todas las clases hasta la de soldado y desde el [año] 22 de Primer Subteniente de las Compañías de Marina de este departamento, participando en todas las

acciones en defensa de la Patria y la Nación.²⁷

Fueron ideas sustentadas en la ciudadanía política, con la cual los nuevos actores buscaban integrarse al Estado nacional en plena construcción, ya fuera exigiendo autonomía territorial o el cumplimiento de alguna de sus otras reivindicaciones sociales, opinando sobre la forma de gobierno más adecuada para estos territorios o negociando con el gobierno central nombramientos en altos empleos públicos. En conclusión, constituyeron una *clase* definida en términos étnicos por mulatos, pardos, zambos y mestizos que logró construir un poder político y actuar como *intermediarios culturales* frente, y en su relación, con los estratos bajos de la población.²⁸

Una idea del ascenso social y político de los ciudadanos intermedios la proporciona la lista de las autoridades locales del año 1839. En ella se advierte la presencia mayoritaria de esta *clase* frente a los notables, además de un relevo generacional con relación a listas similares de los años 1834 y 1836, en detrimento de la participación de los notables. De un total de cuarenta y tres, solo seis procedían de las denominadas familias aristocráticas y si se excluyen dos presbíteros, que actuaban como jueces de paz, los ciudadanos intermedios controlaban el resto de cargos públicos.²⁹

²⁷ "Satisfacción al respetable público, Cartagena, julio 24 de 1824, Imprenta del gobierno por J. A. Calvo", AR., vol. 170, fo. 129.

²⁸ Para lo de *intermediarios culturales*, véase, Burke, P., *La cultura popular en la Europa moderna*. Alianza Editorial, 1991, pp. 114-142.

²⁹ "Lista de los jueces de primera instancia y sus suplentes, de los jueces de paz, parroquiales y suplentes de los distritos de la cabecera del cantón, y de los jueces de hecho en el presente año". *Juez 1º del Cantón de Cartagena*: Dr. José Pablo Rodríguez de Latorre: 2º Sr. José María de Castillo Alarcón. Suplentes: Srs. Fernando de Pombo y Rafael Medrano. *Juez de paz*: Sr. Andrés Fortich. *Jueces parroquiales*: Drs. Vicente Agustín García y Juan B. Quezada. Suplentes: Srs. José de los Santos Prado y Pablo de Alcazar. *Barrio Santo Toribio*: Juez de paz, Presbítero Francisco Villegas. Jueces parroquiales: Sr. Eduardo Robertson y Dr. Pedro C. Espinosa. Suplentes: Dr. Juan A. Araujo y Sr. Manuel de Medrano. *Barrio Trinidad*: Juez de paz, Presbítero Manuel J. De Paz. Jueces parroquiales: Srs. Bernardo González y José María Álvarez. Suplentes: Srs. José Benito Falcon y Juan José Martínez. *Jueces de Hecho*: Sres. Agustín Velez, Andrés de León y Urango, Antonio Buitrago, Bernardino Goenaga, Dr. Claudio Esquiaqui, Daniel Amell, Francisco de B. Ruiz, Francisco de la Espriella, Francisco de Paula Herrera, Fernando Echegoyen, José del Carmen Jaspe, José J. Torres, José Antonio López Marín, José María Matos, José de Alcazar, Dr. José Dionisio Araujo, Manuel M. Núñez, Miguel Arrazola, Miguel Velásquez, Nicolás Vale, Dr. Nicanor del

Algunos de ellos eran al mismo tiempo, publicistas,³⁰ impresores, secretarios, profesores de la universidad o maestros de escuelas. Tal fue el caso del impresor Francisco de B. Ruiz, quien también llegó a desempeñarse como tesorero de las rentas cantonales y provinciales; de Francisco de la Espriella, secretario de la Universidad del Magdalena y del Istmo, y el de Nicolás Vale, director de una escuela de educación primaria. Otros fueron agentes de prensa periódica extranjera, principalmente de Jamaica, Curazao y Venezuela,³¹ o propietarios de modestos negocios (café, pulperías), lugares en los que se reunían con relativa frecuencia las tertulias y en donde se desarrolló un tipo de sociabilidad moderna.

Por consiguiente, la mayor parte de los ciudadanos-intermedios convirtieron la política, la carrera militar y el oficio de publicistas en sus principales actividades, lo cual incidió en la importancia alcanzada por lo *público* y la difusión de lo *escrito*, en el régimen republicano. Así, en el nuevo orden, personajes de procedencia militar como el general José Padilla, Francisco Carmona, Francisco de Lozada, Ramón Antigüedad, Alejandro Salga-

do y Antonio Castañeda; impresores y publicistas como Juan Madieto, Manuel María Guerrero, Eduardo Hernández, Juan Antonio Calvo, Antonio Labiosa y el mismo Francisco de B. Ruiz; "políticos de profesión" como Juan José Nieto,³² Mauricio José Romero, Jorge López, Pedro Laza, Calixto Noguera y Francisco de Zubirfa, constituyeron el nudo central de una red social de naturaleza étnica y territorial con fuertes lazos políticos clientelares. En ningún momento representaron un peligro como el de fomentar una "guerra de razas". Lo que sí lograron utilizando sutiles mecanismos, fue su integración en la República de ciudadanos y participando, con la demostración de algunas habilidades, en lo que fue considerado el fundamento del sistema político representativo: las elecciones. Pero, algo importante que sumaron a su capital político: evitaron un pronunciamiento público contra el ejercicio del sufragio, a pesar de ser este censitario.

Cualquier tipo de declaración que colocara en duda la legitimidad del sufragio censitario podía provocar manifestaciones impredecibles contra el nuevo orden. De ello, al parecer, fueron conscientes los ciudadanos in-

Portillo, Rafael Tono, Ramon B. Revollo, Salvador Gutierrez de Piñeres. Cartagena 26 de Febrero de 1839. El secretario del concejo municipal Luis M. de Ochoa. *Semanario de la Provincia de Cartagena*, Febrero 28 de 1839, n° 5. Los nombramientos eran realizados para ejercer el cargo por período de dos años. Para las listas de 1834 y 1836, véase, "Otra cosa", *El Granadino Libre*, Cartagena, agosto 6 de 1834, n° 2; "Empleos concejiles", *Constitucional de Cartagena*, noviembre 20 de 1835, n° 8.

³⁰ Publicistas era la expresión utilizada durante ese período para designar a los periodistas.

³¹ Un caso concreto lo constituyó Enrique P. de la Vega con su "Agencia del Liberal", nombre popularizado en la ciudad del título de uno de los periódicos que expendía: *El Liberal* de Caracas. Además, fue agente de periódicos de Curazao, Jamaica, y ofrecía en ocasiones de Cuba y España; también anunciaba la venta de libros impresos en Caracas por el sistema de suscripciones con pago anticipado. Al respecto puede consultarse la sección "Avisos" del periódico oficial, *Semanario de la Provincia de Cartagena*, su primer número apareció el 1° de febrero de 1839 y su publicación se mantuvo hasta 1853.

³² El caso de Juan José Nieto es, tal vez, el que mejor sirve para señalar la ambigüedad de que hicieron gala algunos mestizos y mulatos. Fueron individuos que a pesar de tener algún grado de ancestro africano o indígena lograron con relativa facilidad ingresar en el mundo social y político de los notables. Nieto, al que algunos historiadores distinguen como mestizo y otros mulato, tuvo por vía matrimonial acceso a la *clase* de los notables, razón por la cual aparece en el listado de los "sujetos notables" que no habían firmado las actas de la "Representación de Cartagena a la Gran Convención de Ocaña", véase, Pineda, V., Epps, A., y Caicedo, J. (compiladores), *La Convención de Ocaña 1828*, Biblioteca de la Presidencia de la República, Santafé de Bogotá, 1993, p. 45; Restrepo Lince, P. *Op. Cit.*, pp. 394-395). Sin embargo, la actuación social y política de Nieto fue la de un intermediario cultural, y según la inclinación de la balanza, en su relación con el "jefe de la nación", defensor u opositor del orden político y social.

termedios, como también de la necesidad que tenían del apoyo de los sectores populares urbanos, en particular del artesanado, para plantear las demandas de su ideario político ante el gobierno central. De ahí que como intermediarios culturales, elaboraron textos que eran las representaciones de sus actitudes y valores, pero, en algunos casos, los hicieron pasar por los de los artesanos, primordialmente, porque los consideraban la "clase útil de la sociedad que se halla en el último estado de abatimiento y abandono".³³

En realidad, eran demostraciones que respondían más al pragmatismo político y a inquietudes aisladas sobre la situación económica y el bienestar social de los artesanos. Una eventual rebelión, levantamiento o motín a que podía conducir la penosa condición de los sectores populares, y en particular el artesanado, fueron elementos siempre previstos tanto por los ciudadanos intermedios como por los notables. Ambas *clases* trataron de evitar que algún evento de estas dimensiones ocurriese y para lograrlo se disputaron el control político sobre la movilización de los artesanos, a quienes siempre involucraron en las disputas electorales y en las imaginarias conspiraciones separatistas organizadas por uno u otro grupo de poder.

Por otro lado, ambos hechos, elecciones y conspiraciones separatistas, fueron capitalizados tanto por los ciudadanos intermedios como por los notables en varios niveles de la política local y nacional. Las elecciones les sirvieron de mecanismos rentables para incrementar la participación política de la *clase útil de la sociedad* y, al mismo tiempo, para desviar

su atención de la deplorable situación de "abatimiento y abandono" que padecía.

Por el contrario, las conspiraciones fueron representaciones permanentes en el imaginario político de los grupos de poder tanto locales como nacionales, sin excepción, utilizadas para enfrentar y señalar a los opositores como enemigos del orden republicano, la libertad y el gobierno.³⁴ En últimas, fueron estrategias utilizadas para enviarlos a la prisión, ejecutar su fusilamiento o destierro por su participación en los supuestos actos sediciosos. Casi siempre los afectados eran artesanos, "negros y zambos [que] quieren levantarse"³⁵ y "empleados públicos, separatistas conocidos que obran activamente".³⁶

Un controvertido personaje de la región, Juan José Nieto, poseedor de una ejemplar capacidad para desenvolverse en el mundo de los aristócratas cartagenos, el de los intermediarios culturales, el de los artesanos y, en general, en el de los mestizos, mulatos y zambos, denunciaba una *revolución de separación* tramada por los *serviles* y de la cual se les hablaba a *varios artesanos*, aunque a cada uno de diverso modo. A unos les dicen que es para unir a Colombia para lo cual está ya corriendo el Ecuador; a otros que para hacer el gobierno federal, y a otros, a los más viejos, que es para hacer un Estado de Cartagena, como en la patria pasada. Yo tengo ya muchos denuncios de estos; pero desgraciadamente los agentes de ellos son gente insignificante, y nosotros estamos poniendo la red para ver si cogemos gente gorda. El doctor

³³ "Artesanos", *El Tribuno del Pueblo*, Cartagena, mayo 18 de 1832, n° 1. El articulista comentaba directamente, sin rodeo político alguno, el problema crucial que enfrentaban los artesanos: quedar expuestos al hambre por efecto de la ruina, ya que las "tiendas están atestadas de artículos extranjeros que el padre de familia fabrica en su taller. Por eso debe impedirse las introducciones de zapatos, ropa hecha, muebles y todos aquellos artículos que se puedan manufacturar en la Nueva Granada".

³⁴ Baczo, B. *Los imaginarios sociales*, Editorial Nueva Visión, Buenos Aires, 1991.

³⁵ "Pablo de Alcázar al Excmo. Señor General Francisco de Paula Santander, Cartagena, enero 19 de 1834", en, Cortazar, R. *Op. Cit.*, vol. I, n° 38, p. 94.

³⁶ "Juan José Nieto al Excmo. Señor General Francisco de Paula Santander, Cartagena, julio 15 de 1836", en, *Ibid.*, vol. IX, n° 2995, p. 54.

Macayo, uno de los serviles más acalorados, y el doctor Nicanor Portillo, de los más insolentes, salen, el primero para Panamá, y el segundo para Santiago de Veraguas o el Chocó; él sale para uno de estos puntos, no sabemos de seguro, pero ya tiene su pasaporte. Muy sospechosos nos tienen estas comisiones en circunstancias de que ellos hablan tanto de federación, y de unión y de mil zarandajas. Afortunadamente el Macayo va bien acompañado de Arosemena y Obaldía, cuyos señores están al corriente ya de la pieza que llevan.

Concluía la extensa comunicación ponderando la “muy patriótica y enérgica” manifestación de “los artesanos de esta plaza” en apoyo al gobierno nacional, la constitución y el orden. Atribuía a la movilización de *ellos mismos* el golpe propinado a los enemigos y anticipaba, con relación al manifiesto escrito -posiblemente redactado a instancias suya-, que *otra edición se va a hacer con más firmas*, ya que los artesanos “se han presentado pidiendo otra publicación para salir ellos” a causa de que “la opinión del pueblo es excelente, y tenemos que estarlo conteniendo”.³⁷

Simultáneamente circuló otro escrito, con un epígrafe que revelaba la identidad de sus autores, en el cual se recomendaba a los artesanos no participar en reuniones convocadas bajo el pretexto de invitarlos a concurrir a las elecciones, cuando en verdad tenían como

propósito principal, *en unos hombres resentidos y enemigos de la causa*, organizar conspiraciones contra el gobierno nacional. Mediante una combinación de conjeturas, tramas y rumores callejeros, los autores del impreso llegaban a esa conclusión, y asumiendo una actitud a la vez paternalista y premonitoria, alertaban a quienes concurren, en particular a la reunión en casa de los Medranos,

sin malicia y de buena fe, sin sospechar que pueden ser comprometidas, sin tener ninguna complicidad en el plan que puedan formar así, pues, se lo advertimos para que no se dejen sorprender de los promovedores de alguna conspiración contra el gobierno, ni comprometerse en algún proyecto que pueda perjudicar su vida e intereses aprovechándose de su sencillez, y ninguna previsión, y sería muy sensible ver condenado a muerte u otra pena a un hombre honrado, por haberse dejado engañar de los enemigos del gobierno que quieren comprometer a otros sin comprometerse ellos mismos ¡¡Alerta la policía!!³⁸

De tal manera que poco se diferenciaron los ciudadanos intermedios de los ciudadanos notables en la utilización de las medidas necesarias para la conservación del orden político y social. Tal vez la corta distancia que los separaba radicaba en el tipo de Estado que deseaban construir ☉

³⁷ “Juan José Nieto al Excmo. Señor General Francisco de Paula Santander, Cartagena, agosto 12 de 1836”, en *Ibid.*, vol. IX, n° 2998, p. 58.

³⁸ *El Vigilante N° 1*, Cartagena, Mayo 15 de 1836. Imp. por Eduardo Hernández. BNC, Fondo Pineda 256(87). El epígrafe era: *Este papel es para denunciar cuanto descubra de los serviles*. Los Medranos aludidos eran Rafael, juez suplente del cantón de Cartagena, y Manuel, juez parroquial (véase la nota 29), eran hijos de Pedro Medrano, artesano que tuvo participación destacada como dirigente del pueblo cartagenero en los sucesos de la Independencia, lo cual le permitió ser miembro de la asamblea constituyente que reformó la Constitución del Estado de Cartagena en 1814, véase, Múnera, A. *Op. Cit.*, pp.202-203. Junto con su hijo Rafael hizo parte de los defensores de la ciudad durante el sitio puesto en 1815 por las tropas españolas del General Pablo Morillo y logró emigrar con su familia el 6 de diciembre del mismo año, véase, Corrales, M. E. *Documentos para la Historia de Provincia de Cartagena hoy Estado Soberano de Bolívar en la Unión Colombiana*. Imprenta de Medardo Rivas, Bogotá, 1883, t. II, pp. 259 y 268.

Comunidad imaginada: ¿Por quién?¹

Partha Chatterjee

(Traducción de Julio Maldonado Arcón)

Aceptación de la traducción: Mayo de 2002

Presentación

En 1983 apareció en inglés, el libro de Benedict Anderson sobre el nacionalismo, en el cual plantea su polémica tesis: las naciones corresponden a una construcción.² El resultado del libro de Anderson fue la proliferación de trabajos sobre la temática nacionalista. Tan sólo en lengua inglesa, hasta la segunda edición en inglés, en 1991, de la cual se tradujo la primera versión en español, dos años más tarde³ aparecieron *Nations Before Nationalism* (1982), de J. A. Armstrong; *Nationalism and the State* (1982), de John Breuilly; *Nations and Nationalism* (1982), de Ernest Gellner; *Social Preconditions of National Revival in Europe* (1985), de Miroslav Hroch; *The Ethnic Origins of Nations* (1986), de Anthony Smith; *Nationalist Thought and the Colonial World* (1986) de P. Chatterjee, y *Nations and Nationalism since 1780* (1990), de Eric Hobsbawm —para no mencionar más que unos cuantos de los textos claves que por su

alcance y poder teórico, han hecho que en gran parte caduque la bibliografía tradicional sobre el tema. En parte, con base en estas obras, ha surgido una extraordinaria proliferación de estudios históricos, literarios, antropológicos, sociológicos, feministas y otros, que unen los objetos de estos campos de investigación con el nacionalismo y la nación.

Muy pocos fenómenos políticos han probado ser tan confusos y difíciles de comprender como el del nacionalismo. No existe un consenso establecido sobre su identidad, origen o futuro. Nos encontramos, por ejemplo, en el proceso de volver al siglo XIX lleno de grandes fuerzas competitivas y agresivas y de nacionalismos difusos ¿Ha perdido el estado-nación su pertinencia y agotado su papel progresista y emancipatorio; o se ha visto el nacionalismo siempre envuelto en una lógica militarista y en una función étnica exclusivista?

¹ Tomado de: Gopal Balakrishnan (Editor), *Mapping the nation*. (Introducción de Benedict Anderson). Verso, Londres, 1996, pp. 214-225. Traducción: Julio Maldonado Arcón. Docente Universidad del Atlántico. Miembro de Grupo de Investigaciones Históricas sobre Educación e Identidad Nacional.

² Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London 1983.

³ Anderson, B. *Comunidades imaginadas, Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica, México. 1993.

El texto de Partha Chatterjee, como el resto de trabajos compilados Gopal Balakrishnan buscan responder estas y otras preguntas sobre la naturaleza y destino de la "cuestión nacional" en la actualidad. **Mapping the nation** constituye un amplio y conciso análisis del tema con aportes de los más renombrados teóricos de la nación-estado; presenta un amplio rango de conceptos y controversias divergentes. Se inicia con los interesantes planteamientos sobre el liberalismo clásico y los enfoques socialistas de Lord Acton y Otto Bauer. Sigue con el debate socio-histórico entre Ernest Gellner y el historiador checo Miroslav Hroch. El primero estudiando las relaciones entre el nacionalismo y su transición desde las sociedades agrarias; el otro resaltando sus variables y bases antropológicas reales. John Breuilly y Anthony D. Smith, dos de los mejores especialistas británicos proponen un enfoque contrario con el análisis sobre la importancia del liderazgo político y la permanencia de las comunidades étnicas en la construcción de los monumentos nacionalistas. Gopal Balakrishnan, en una acertada crítica a las comunidades imaginadas seminales de Benedict Anderson y Partha Chatterjee desde los Estudios Subalternos, presenta aspectos puntuales de las limitaciones del enfoque ilustracionista sobre el nacionalismo. Lo mismo que intentan Sylvia Walby y Katherine Verdery con sus reflexiones sobre las implicaciones de nación, género e identidad política. El sociólogo Michael Mann presenta una propuesta refinada sobre la "muerte de la nación-estado". Finalmente, al cotejar directamente planteamientos teóricos con los factores políticos de nuestro tiempo, el renombrado historiador Eric Hobsbawm, el polémico teórico Tom Nairn y el sobresaliente filósofo político Jürgen Habermas, analizan desde una perspectiva optimista y aunque algunas veces pesimista, el futuro del proyecto nacionalista.

I

Nuevamente el tema del nacionalismo aparece en la agenda de todos los asuntos mundiales. Casi que diariamente, los estadistas y los politólogos de los países occidentales afirman que con la caída del comunismo (probablemente querrán decir colapso del socialismo soviético), el mayor peligro para la paz mundial es el resurgimiento del nacionalismo en algunos países del mundo. Como actualmente cualquier fenómeno tiene que ser primeramente reconocido como "problema" antes de que capte la atención de los encargados de decidir sobre lo que le interesa al público, el nacionalismo parece haber recuperado la notoriedad suficiente para librarse de las prácticas arcaicas de los "especialistas del área" y convertirse nuevamente en un tema de debate general.

Sin embargo, considero que esta manera de volver a la agenda política mundial, ha desafortunadamente prejuiciado la discusión al respecto. En los 1950s y 1960s, todavía se consideraba al nacionalismo como un estandarte de las luchas anticolonialistas en Asia y en África. Pero simultáneamente, en la medida en que las nuevas prácticas institucionales políticas y económicas en los estados postcoloniales se normalizaron y regularon bajo las rúbricas conceptuales de "modernización" y "desarrollo", el nacionalismo fue relegado al campo de historias específicas de este u otro imperio. Y en esas historias especializadas definidas por los contenidos poco agradables de los archivos coloniales, los factores emancipatorios del nacionalismo se vieron disminuidos por las innumerables revelaciones sobre acuerdos tácitos, manipulaciones y los propósitos perversos de algunos intereses privados. En los 1970s, el nacionalismo se convirtió en tema de política racial, una de las razones por las cuales la gente del tercer mundo se mataba entre sí. Algunas veces en guerras entre ejércitos regulares, otras, lamentablemente, promovidas y crueles guerras civiles y parece que, constante-

mente, por actos de terrorismo tecnológicamente sofisticados y virtualmente inevitables. Los líderes de las luchas africanas contra el colonialismo y el racismo han visto deteriorado su imagen al convertirse en corruptos, divisionistas y a menudos partidarios de regímenes brutales. A Gandhi se le ha tachado por su culto marginal al pacifismo y a lo vegetariano. Ho Chi Minh, en sus mejores momentos, se vio atrapado en las irrefutables polarizaciones de la guerra fría. Parecería que no hubiese quedado nada del nacionalismo que hiciera sentir bien a Occidente.

Esta reciente genealogía sobre el tema explica por qué el nacionalismo es considerado como una fuerza abstrusa, simple e impredecible que amenaza al sosegado orden de la vida civilizada. Lo que alguna vez había sido adecuadamente relegado a las periferias, es visto ahora como si se hubiese vuelto hacia Europa por medio de las largamente olvidadas regiones de los hasburgos, los zaristas y los imperios otomanos. Como las drogas, el terrorismo y la inmigración ilegal son otros de los productos del tercer mundo que Occidente rechaza, pero que se siente impotente para prohibirlos.

A la luz de las discusiones actuales en los medios, sorprende observar que hace pocos años se consideraba al nacionalismo como uno de los regalos más significativos de Europa para el resto del mundo. Tampoco se recuerda a menudo que las dos grandes guerras del siglo XX, que involucraron casi a todo el globo, fueron ocasionadas por la incapacidad de Europa para manejar sus propios nacionalismos raciales. Una gran variedad del nacionalismo "malo" fue completamente un producto de la historia política de Europa. A pesar de la celebración de las diversas tendencias unificadoras actuales en Europa, existe en la reciente amnesia sobre los orígenes del nacionalismo, más que una muestra de

ansiedad por establecer si su lugar de nacimiento ha sido bien evitado.

En todo este tiempo, "los especialistas", los historiadores del mundo colonial, realizando su trabajo en los archivos administrativos y en la correspondencia oficial de los archivos coloniales en Londres, París o Ámsterdam, no han olvidado obviamente cómo llegó el nacionalismo a las colonias. Todos concuerdan en que es una importación desde Europa. Los debates de 1960s y 1970s en las historiografías de India o Africa o Indonesia son del mismo tenor y tienen claro de quienes son los responsables. Estos debates entre una generación nueva de historiadores nacionalistas y aquellos que tildaban de "colonialistas" eran fuertes y a menudo candentes, pero se fueron relegando con el tiempo a espacios especializados de algunas "áreas de estudio" y la gente los fue olvidando. Hace diez años, fue uno de esos especialistas del área quien una vez más formuló la pregunta sobre el origen y la expansión del nacionalismo dentro de la estructura de una historia universal. Benedict Anderson mostró con mucha originalidad y sutileza que las naciones no eran el producto de condiciones sociológicas dadas como la lengua, la raza o la religión. Fueron en Europa, como en todas partes, imaginadas en su existencia.⁴ El también describió algunos de los principales formatos institucionales por medio los cuales estas comunidades imaginadas adquirieron una forma concreta, especialmente esas instituciones que muy ingeniosamente denominó "capitalismo impreso". También afirmó que la experiencia histórica del nacionalismo en Europa occidental, en América y en Rusia proporcionó a los posteriores nacionalismos un conjunto de formatos modulares de los cuales las élites africanas y asiáticas escogieron los que prefirieron.

⁴ Benedict Anderson, *Imagined Communities; Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, London 1983.

Considero que el trabajo de Anderson es el más influyente en los últimos años para generar nuevos sustentos teóricos sobre el nacionalismo, una influencia que obviamente pertenece casi exclusivamente a los trabajos académicos. Contrario a la desinformación casi exótica sobre el nacionalismo en Occidente, en los medios, la tendencia teórica de Anderson trata con toda seguridad de abordar el fenómeno como parte de la historia universal del mundo moderno.

Pero tengo una objeción que hacerle a Anderson: Si los nacionalismos en el resto del mundo tenían que escoger su comunidad imaginada entre ciertos formatos modulares que Europa y América les proporcionaban, entonces ¿qué se les dejaba a su imaginación? Parece que la historia ya hubiese establecido que nosotros, en el mundo post colonialista, somos meramente unos consumidores perpetuos de la modernidad. Europa y América, los únicos sujetos verdaderos de la historia, han elaborado ya en nuestro nombre, no sólo el guión de la ilustración y explotación colonial, si no también el de nuestra miseria y resistencia anticolonialista. Parece que nuestra imaginación también debe permanecer colonizada para siempre.

Objeto esta propuesta no por razones sentimentales. Lo hago por que no puedo reconciliarlo con la evidencia de un nacionalismo anticolonial. El más poderoso y también el más creativo resulta de que la imaginación nacionalista en Asia y África radica no solamente en una identidad si no más bien en una *diferencia* con los formatos modulares de las sociedades nacionales propagadas por el Occidente moderno. ¿Cómo podemos ignorar esto sin reducir la experiencia del anticolonialismo a una caricatura de sí misma?

Para ser justos con Anderson, no es el único a quien culpar. El problema reside, me convenzo ahora, en que hemos tomado la bandera del nacionalismo como movimiento político demasiado literalmente y demasiado en serio.

En la India, por ejemplo. La historia normativizada nacionalista comenzó en 1885 con la formación de congreso nacional hindú. Se podría inferir que la década precedente fue un periodo de preparación, cuando se instituyeron varias asociaciones políticas regionales. Anteriormente, en los 1820s a los 1870s, existió un periodo de "reforma social" cuando la ilustración colonial comenzó a "modernizar" las costumbres e instituciones de una sociedad tradicional y el espíritu político todavía era de mucha colaboración con el régimen colonial; es decir, el nacionalismo todavía no había aparecido.

Esta historia, cuando se somete a un análisis sociológico sofisticado, no puede concordar con los planteamientos de Anderson. En realidad, como busca imitar en su propia historia, la historia del estado moderno en Europa, la representación misma del nacionalismo inevitablemente reafirmará la decodificación de Anderson del mito del nacionalismo. Pienso, sin embargo, que como historia, la autobiografía del nacionalismo se encuentra fundamentalmente debilitada.

Según mi lectura, el anticolonialismo forja su propio espacio de soberanía dentro de la sociedad colonial, mucho antes de iniciar su batalla política dentro del poder imperial. Lo hace dividiendo el mundo de las instituciones y prácticas sociales en dos campos: el material y el espiritual. El material es el campo de lo "exterior", de la economía y de lo estatal, de la ciencia y de la economía; un campo en el cual Occidente ha ratificado su superioridad y Oriente ha sucumbido. Entonces, en este campo, la superioridad occidental ha sido reconocida y sus logros cuidadosamente imitados. Por otro lado, lo espiritual es un campo "interior" que apunta a los aspectos esenciales de la identidad cultural. Entre más se triunfe en imitar los logros occidentales en el campo material, mayor es entonces la necesidad de preservar las características de la propia cultura espiritual. Considero que la fórmula se convierte en uno de los factores bá-

sicos de los nacionalismos anticoloniales en Asia y en África.⁵

Existen diversas implicaciones. Primeramente, el nacionalismo declara al campo de lo espiritual su territorio soberano y se niega a aceptar que el poder colonial intervenga en ese campo. Si retomo el ejemplo hindú, el periodo de "las reformas sociales" estuvo conformado por dos fases. En la primera, los reformadores hindúes buscaron por medio de la acción estatal que las autoridades coloniales reformaran las instituciones y costumbres tradicionales. En la segunda, aunque no se discutía la necesidad de cambio, se presentó una fuerte resistencia que no permitió que el estado colonial interviniera en asuntos que afectarían "la cultura nacional". La segunda fase, según mi planteamiento, constituía ya parte del periodo nacionalista.

En otras palabras, el estado colonial se mantiene fuera del campo "interior" de la cultura nacional, pero eso no quiere decir que el llamado campo espiritual permanezca inalterable. De hecho, desde aquí el nacionalismo lanza su proyecto más poderoso, creativo e históricamente significativo: modelar una cultura "moderna" nacional que no es de ninguna manera occidental. Si la nación es una comunidad imaginada, es aquí donde empieza a presentar una razón de ser. Este es su verdadero y básico espacio, la nación ya es soberana aun cuando el estado siga en manos del poder colonial. La dinámica de este proyecto histórico es completamente olvidada en las historias convencionales en las cuales "el cuento" del nacionalismo comienza por la conquista del poder político.

Deseo resaltar varios aspectos dentro del llamado campo espiritual que el nacionalismo transforma en el transcurso de este periplo. Me remitiré a mis ilustraciones de Bengala, cuya historia me es mucho más familiar.

El primero de estos aspectos es la lengua. Anderson acierta cuando afirma que es el "capitalismo impreso" el que provee el nuevo espacio institucional para el desarrollo de la nueva lengua "moderna".⁶ Sin embargo, las peculiaridades de la situación colonial no permiten una transposición tan sencilla de los patrones europeos de desarrollo. En Bengala, por ejemplo, por iniciativa de la East India Company y de los misioneros europeos se editan los primeros libros a finales del siglo XVIII y se publican las primeras prosas narrativas a comienzos del siglo XIX. Al mismo tiempo, en la primera mitad de ese siglo, el inglés desplaza al persa como lengua de la burocracia y se muestra como el medio más poderoso de influencia intelectual sobre la nueva élite Bengali. No obstante, el momento crucial en el desarrollo de la lengua bengali moderna es a mitad de siglo, cuando la élite bilingüe diseña un proyecto cultural para proporcionar a la lengua nativa el aparato lingüístico necesario para convertirse en el idioma apropiado de la cultura "moderna". Alrededor de este proyecto se genera toda una red institucional de prensa impresa, casas editoras, periódicos, revistas y grupos literarios, *Por fuera* de la responsabilidad y autorización del estado y de los misioneros europeos, a través de los cuales, la nueva, modernizada y estandarizada va tomando forma, *la intelligentsia* bilingüe comienza a asumir su lengua con un sentido de pertenencia dentro del campo de la identidad cultural y a la cual había que mantener apartada del colonizador intruso. Por consiguiente, la lengua se convierte en un espacio sobre el cual la nación tiene primeramente que reafirmar su soberanía para entonces transformarla y adaptarla al mundo moderno.

Aquí las influencias formales de las lenguas y literaturas europeas modernas no pro-

⁵ This is a central argument of my book *Nationalist Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse?* London 1986.

⁶ Anderson, *Imagined Communities*, pp.17-49.

dujeron efectos similares. Por ejemplo, en el caso de los nuevos géneros literarios y convenciones estéticas en los que las influencias europeas delineaban indudablemente al discurso explícito crítico, también se consideraba que las convenciones europeas no eran las adecuadas para evaluar la producción literaria en bengalí. Hasta hoy todavía existen algunos vacíos evidentes entre los términos de la crítica académica y los del ejercicio literario. Para dar un ejemplo, analizaré un drama bengalí.

El drama constituye el género literario moderno menos elogiado en lo estético por los críticos de la literatura bengalí, aunque es el género con más grande audiencia dentro de la élite bilingüe. Cuando apareció en su forma moderna a mediados del siglo XIX, el drama bengalí poseía dos modelos: el drama moderno europeo como el desarrollado desde Shakespeare hasta Moliere, y el virtualmente olvidado corpus del drama sánscrito, el cual ha recuperado actualmente su excelencia clásica debido a los elogios de los estudiosos orientalistas europeos. Los criterios literarios que presumiblemente incluyeron al nuevo drama dentro del dominio privilegiado de la cultura nacional moderna, eran, por lo tanto, delineados por los formatos modulares provenientes de Europa. Pero las prácticas representativas de una nueva institución como el público teatral, no permitieron que esos criterios se aplicaran para obras escritas para el teatro. Las convenciones que permitirían que un drama triunfara en los escenarios de Cálcuta eran muy diferentes de las aprobadas por los críticos según las tradiciones del drama europeo. Hasta hoy esas tensiones no han sido resueltas. Lo que funge como la corriente teatral pública en Bengala Occidental o en Bangladesh es el teatro urbano moderno, nacional y claramente diferenciable del teatro "popular". El primero es producido y consistentemente auspiciado por los

literatos urbanos de la clase media. Aun así, sus convenciones estéticas no cumplen con los estándares establecidos por los formatos literarios adoptados de Europa.

Aun con la novela, ese famoso artificio nacionalista dentro del cual la comunidad esta hecha para vivir y amar dentro de un tiempo "homogéneo",⁷ los formatos modulares tampoco la pasan bien. La novela fue el género principal por medio del cual la élite bilingüe bengalí creó una nueva prosa narrativa. Era obvia la influencia en el diseño de esta prosa de los modelos del inglés moderno y del Sánscrito clásico. También, en la medida en que el género ha ganado en popularidad, es de observar la frecuencia con que los novelistas bengalíes han cambiado de las formas convencionales autoriales hasta el uso del discurso corriente en sus obras. Al leer a algunos de los novelistas de Bengala, a menudo es difícil determinar si se está leyendo una novela o un drama. Habiendo creado un lenguaje moderno para su prosa de acuerdo con los formatos modulares convencionales, los autores, en la búsqueda por la verdad artística, evidentemente se vieron en la necesidad de apartarse en lo posible de la rigidez de esa prosa.

El deseo por construir una forma estética moderna y nacional, y que a la vez se diferenciara de la occidental, se vio reflejado en las formas un poco exageradas y sofisticadas de comienzos del siglo XX en la llamada Escuela de Arte de Bengala. A partir de estas iniciativas se creó, en primera instancia, un espacio institucional para los artistas profesionales modernos hindúes para la divulgación, exhibición e impresión de las obras de arte y para la formación de un público versado en las nuevas normas estéticas. Esta agenda también se vio acompañada por la construcción de un espacio artístico modernizado impregnado de un calor ideológico y ferviente para un arte que era "indiscutiblemente" hindú y

⁷ Ibid., pp. 28-40.

muy diferente del "occidental".⁸ Aunque el estilo peculiar desarrollado por la escuela de Bengala para un nuevo arte hindú no tardó mucho, lo propuesto fundamentalmente por esta iniciativa todavía tiene vigencia en lo concerniente a crear un arte que pudiese considerarse moderno y al mismo tiempo reconocerse como hindú.

Junto con las instituciones del capitalismo impreso, se fundó una red de escuelas secundarias. Una vez más, el nacionalismo buscó mantener bajo su tutela este espacio mucho antes de que el poder estatal se hubiese convertido en un asunto de discordia. En Bengala, desde la segunda mitad del siglo XIX, fue la nueva élite la encargada de realizar un esfuerzo "nacional" para abrir escuelas en toda la provincia y generar así una literatura acorde. Junto con el capitalismo impreso, las escuelas secundarias proveían los espacios necesarios para generar una literatura y un lenguaje nuevos, generalizados y normativizados, *por fuera del control estatal*. Solo así, al abrir estos espacios fuera del control estatal y de los misioneros europeos, se les permitió a las mujeres asistir a la escuela. Durante este periodo, a finales de siglo, la universidad de Calcuta también dejó de ser una institución de educación colonial y se convirtió en una institución marcadamente nacional con su propio currículo, facultades y recursos.⁹

La familia también era otro de los espacios del campo interior en la cultura nacional. El planteamiento aquí de autonomía y diferencias era mucho más dramática. La crítica europea que consideraba a la "tradición hindú" como salvaje, se centró por mucho tiempo en sus prácticas y creencias religiosas, especialmente en lo que tenía que ver con el

tratamiento a las mujeres. La fase inicial de las "reformas sociales" por medio de los controles coloniales también se concentró en esos aspectos. Durante esa fase, este espacio fue considerado "básico" para la "tradición hindú". El movimiento nacionalista empezó a luchar por esos controles. A diferencia de los primeros reformadores, los nacionalistas no estaban dispuestos a permitir que el poder colonial legislara sobre las reformas de la sociedad "tradicional". Afirmaban que solo la misma nación podría tener el derecho de intervenir en tales aspectos fundamentales de su identidad cultural.

Y ocurrió que el seno familiar y el papel de la mujer sufrieron cambios sustanciales en el ambiente nacionalista de la clase media. Indudablemente se formó un nuevo tipo de orden patriarcal, pero que exigía explícitamente que fuese diferente al orden de la familia "occidental". La "nueva mujer" tenía que ser moderna, pero manteniendo todos los caracteres de la tradición nacional y por lo tanto, ser diferente de la mujer "occidental".

La historia del nacionalismo como movimiento político tendió a centrarse principalmente en la lucha por el dominio de lo exterior, en el dominio material del estado. Esto es algo diferente a lo que he subrayado. Es también una historia en la cual el nacionalismo no tenía otra opción si no escoger un formato de la galería de "modelos" presentados por los estados nación europeos y americanos. Por consiguiente, la "diferencia" aquí no constituye un criterio válido en el dominio de lo material.

En el campo material, el nacionalismo inició su decurso (recordemos que ya había proclamado su soberanía en el campo espiritual) insertándose en una nueva esfera pública

⁸ The history of this artistic movement has been recently studied in detail by Tapati Guha-Thakurta, *The Making of a New "Indian" Art: Artists, Aesthetics and Nationalism in Bengal, 1850-1920*, Cambridge 1992.

⁹ See Anilchandra Banerjee, 'Years of Consolidation: 1883-1904'; Tripurari Chakravarti, 'The University and the Government: 1904-24', and Pramathanath Banerjee 'Reform and Reorganization: 1904-24', in Niharrajan Ray and Pratulchandra Gupta, (eds.) *Hundred Years of the University of Calcutta*, Calcutta 1957, pp. 129-78, 179-210 and 211-318.

conformada por los procesos y formas del estado moderno (en este caso colonial). En sus comienzos, la tarea del nacionalismo consistía en vencer la insubordinación de las clase media colonizada, esto es, desafiar las normas de las "diferencias coloniales" en el ámbito del estado. Debemos recordar que el estado colonial no fue la institución que activó los formatos modulares del estado moderno en las colonias; más bien se encargó de no permitir la "normalización" de los propósitos del estado moderno ya que una de sus premisas de control consistía en mantener las normas de la diferencia colonial; en otras palabras, preservar la alienación de los grupos de control.

Como las instituciones del estado moderno fueron diseñadas durante la colonia, especialmente en la segunda mitad del siglo XIX, la clase dominante europea halló necesario establecer—por medio de la promulgación de leyes, la burocracia, la administración de justicia y el reconocimiento por el estado de un espacio legítimo de la opinión pública— las diferencias precisas entre gobernantes y gobernados. Si se les iba a permitir a los hindúes legislar, ¿podrían juzgar a los europeos? ¿Estaba bien que los hindúes ingresaran al servicio civil aprobando los mismos exámenes que los británicos graduados? Si los periódicos europeos en la India poseían libertad de prensa, ¿se podría aplicar lo mismo a los periódicos locales? Irónicamente, se convirtió en una tarea histórica del nacionalismo, a pesar de insistir en sus propias marcas distintivas en lo cultural con respecto a Occidente, exigir en que no podían existir reglas diferenciadoras en el control del estado.

Eventualmente, con la creciente influencia de los políticos nacionalistas, este control se hizo más extensivo e internamente diferenciado y finalmente asumió las características formales de un estado nacional, postcolonial. Los factores predominantes de esta autodefinición, por lo menos en la India postcolonial, provenían de la ideología del estado moderno liberal y democrático.

De acuerdo con esta ideología liberal, ahora lo público se distinguía de lo privado. Se le exigía al estado que protegiera la inviolabilidad de la propia idiosincrasia con respecto a las características de los demás. La legitimidad del estado al desempeñar estas funciones tenían que verse garantizadas por su neutralidad al establecer diferencias personales, raciales, de lengua, religiosas, de clase, casta, etc.

El problema radicaba en que el liderazgo moral e intelectual de la élite nacionalista operaba en un campo constituido por un conjunto bastante específico de diferencias: entre lo espiritual y lo material, lo interior y lo exterior, lo básico y lo superficial. Ese espacio tan controvertido sobre el cual el nacionalismo había proclamado su soberanía y dentro del cual había imaginado su verdadera comunidad, no era coextensivo ni coincidental con el espacio constituido por lo distintivo entre lo público y lo privado. En el primer campo, el proyecto hegemónico del nacionalismo a duras penas podía hacer de las diferencias entre de lengua, religión, clase o casta un asunto de imparcialidad en sí mismas. El proyecto era de una "normativización" cultural, como Anderson plantea; proyectos hegemónicos por doquier, pero con una gran diferencia: tenía que escoger su espacio de autonomía desde una posición de subordinación a un régimen colonial que tenía de su lado los recursos justificatorios más universales generados por el pensamiento social posterior a la Ilustración.

El resultado de estos formatos autónomos de imaginación de la comunidad, fue, y continúa siendo absorbido por la historia del estado post colonial. Ahí radican las causas de nuestra miseria post colonial: No es nuestra incapacidad para diseñar nuevos formatos de comunidad moderna, si no nuestro sometimiento hacia las nuevas formas de estado moderno. Si la nación es una comunidad imaginada y si las naciones deben asumir los roles de un estado, entonces nuestro aparato retórico nos debe permitir hablar de comuni-

dad y estado al mismo tiempo. Pero considero que nuestro aparato teórico actual no nos lo permite.

Un poco antes de su muerte. Bipinchandra Pal (1858-1932), el gran líder del movimiento Swadeshi en Bengala y protagonista del congreso pregandiano, describió la residencia donde se alojaban los estudiantes en Calcuta durante su juventud:

Las residencias de los estudiantes en Calcuta, en mis tiempos de estudiante hace cincuenta o sesenta años, eran como pequeñas repúblicas y se manejaban con normas netamente democráticas. Todo era decidido por el voto de la mayoría. Mensualmente se elegía al director para todo "el mesón" y se le encargaba tramitar todos los deberes de los residentes junto con la administración de los alimentos y de los enseres de la residencia... Con frecuencia se le rogaba a un buen administrador que aceptara su reelección, mientras que los desgañados, que generalmente tenían que pagar de su propio bolsillo por una mala administración, evitaban ocupar esta posición honrosa.

...cualquier disputa entre los miembros era zanjada por una "Corte de residentes" y nos sentábamos, recuerdo, noche tras noche a analizar el caso. Y nunca la decisión de esta "corte" se vio desobedecida o cuestionada. Y todos hacían cumplir la decisión al residente inculpada. Todos amenazaban a ese miembro con la expulsión y si se negaba, le hacían pagar toda la mesada... Y tal era la fuerza de la decisión del grupo, que he sabido de casos de castigo a un residente, que después de una semana de haber sido expulsado, su semblante parecía como si se estuviese recuperando de una grave enfermedad...

El grupo de residentes estaba compuesto por los llamados ortodoxos, los bramánicos y otros heterodoxos comprometidos con nuestra "república". Si se establecía una norma que prohibía traer alimentos a la residencia, aun los miembros de la ortodoxia hindú la cumplían, aunque quedaba muy claro que fuera de la residencia se podía comer y hacer cualquier cosa. Así que nos sentíamos libres aun para ir al Great Eastern Hotel, al cual muchos de nosotros empezábamos a frecuentar.¹⁰

Lo interesante de esta descripción no es la visión exageradamente romántica de un esquema en miniatura de autogobernar la nación, si no el uso reiterativo de expresiones institucionales de la cívica y moderna Europa política (república, democracia, unanimidad elección, corte...) para describir un conjunto de actividades en aspectos materiales y a menudo incongruentes con ese tipo de sociedad civil. El tema de un "compromiso" en los hábitos alimenticios se basaba realmente no en un principio de delimitación de lo "público con respecto a lo privado, si no en la escisión entre lo "interior" y lo "exterior"; lo espiritual como un espacio donde la unanimidad tenía que prevalecer, mientras que lo exterior era solo una muestra de la libertad individual. A pesar del "voto unánime de toda la residencia", la fuerza que determinaba la unanimidad en el campo interior no era el procedimiento de votación que establecía que los individuos se comportaran como un todo, si no el consenso de una comunidad -institucionalmente novedosa (porque después de todo, la residencia de Calcuta era algo sin precedentes en la "tradicición") e internamente diferenciada y sin duda una comunidad que se imponía sobre los miembros individuales.

Pero el uso de Bipinchandra de los términos parlamentarios para describir las activi-

¹⁰ Bipinchandra Pal, *Memories of My Life and Times*, Calcutta 1932, reprinted 1973, pp. 157-60.

dades "comunitarias" de esa residencia como si fuese una nación, no deben entenderse como una informalidad. Su lenguaje constituye un indicativo de las implicaciones reales de los dos discursos y de los dos campos, de política. El intento se nota en la reciente historiografía hindú para abordarlos como los dominios de la política de la "élite" y de los "subordinados."¹¹ Pero una de las consecuencias relevantes de este enfoque historiográfico ha sido precisamente la muestra de que cada dominio no solamente actuaba en oposición y limitado por el otro, si no que a través de esta confrontación, también configuraba el esquema político del otro. Por lo tanto, la presencia de lo populista o de los elementos comunitarios en el orden liberal constitucional del estado postcolonial no se asume como un signo de la inautenticidad o deshonestidad de la élite política; es más bien un reconocimiento por parte de la élite dominante de la presencia tangible de un espacio de la política de los subordinados sobre la cual debía imponerse o también negociar de acuerdo con sus propuestas, con el fin de lograr algunos acuerdos. Además, el campo de la política de los subordinados se convertía con el tiempo, o se adaptaba a los formatos característicos institucionales de la élite dominante. Por consiguiente, lo relevante aquí no es la simple demarcación e identificación de dos espacios en su propia delimitación que es lo que primeramente se requería para romper con los clamores totalizantes de una historiografía nacionalista. La tarea ahora es determinar, en sus historicidades mutuamente condicionadas, los esquemas específicos que surgieron, por un lado, en el espacio definido por el proyecto hegemónico de la modernidad nacionalista; y por el otro, en las resistencias innumerables fragmentadas hacia ese proyecto normalizador.

Este es el ejercicio que deseo realizar. Como el problema podría ser el establecer los lími-

tes de esa supuesta universalidad del régimen moderno de control y con las disciplinas del conocimiento de la post ilustración, podría parecer que este trabajo intenta resaltar una vez más un escepticismo hindú (u oriental). No obstante, el propósito de mi trabajo es mucho más complejo y considerablemente más ambicioso. Incluye no solamente la identificación de los esquemas discursivos que hicieron posible esas teorías sobre el escepticismo hindú, si no también una demostración de que las condiciones planteadas realmente implican unos factores obligadamente represados aun en los formatos supuestamente universales del régimen moderno de poder.

Esa última demostración nos posibilita establecer que los clamores universalistas de la filosofía occidental moderna se encuentran también limitadas por las contingencias del control global. En otras palabras, "el universalismo Occidental como el mismo "escepticismo Oriental" solo pueden ser señalados como una forma particular más rica, diversa y diferenciada de la conceptualización de una nueva idea universal. Esto nos permite concebir no solo la posibilidad de pensar en una forma nueva de comunidad moderna, que, como planteo, la experiencia asiática y africana ha intentado desde sus comienzos, pero decididamente pensar en nuevos formatos de un estado moderno.

El proyecto entonces, consiste en reclamar para nosotros, los una vez colonizados, la libertad de imaginación. Clamores, como sabemos bien, solo pueden hacerse como respuesta en un espacio de poder. Las investigaciones apuntarán necesariamente a campos específicos disciplinarios, la impronta de una pregunta no contestada. Además, abogar por algo fragmentario al respecto, es también, aunque no sorprendentemente, generar un discurso fragmentado. Es redundante hacer una apología de esto ☺

¹¹ Represented by the various essays in Ranajit Guha, ed., *Subaltern Studies*, vols 1-6, Delhi 1982-90. The programmatic statement of this approach is in Ranajit Guha, 'On Some Aspects of the Historiography of Colonial India.' In: Guha, (ed) *Subaltern Studies* vol.1, Delhi 1982, pp. 1-8.